

## Persona, ética, antropología\*

Juan María Parent

Profesor de Filosofía de la Universidad Autónoma del Estado de México

La antropología que sobresale del pensamiento de Mounier se construye sobre tres pilares que son peldaños de un proceso de desarrollo, una personalización.

En un primer momento nos encontramos con el individuo. Este ente goza de dos características esenciales: es uno, indiviso lo que se palpa en la coherencia de los elementos. En el ser humano encontramos la perfecta dependencia de cada parte del todo: mi mano es enteramente mía, más que la piedra que pudiera tener en esta mano; piedra que siempre será exterior a mí. La segunda característica del individuo es su separación de lo otro. Existe una distancia entre un individuo y otro. Más aún, los individuos humanos se atraen y se rechazan porque ambos movimientos les son propios. No hay posibilidad de una fusión entre dos individuos que siempre se distinguen el uno del otro.

El individuo puede agruparse con otros individuos, pero la ausencia de conciencia de sí en ellos los lleva a formar una agrupación

masiva, sin dirección. La masa de los individuos es llevada por las propagandas políticas o comerciales, va ahí donde cualquier fuerza exterior la impulsa.

En un segundo momento, el individuo toma conciencia de su individualidad y de las características de su ser individuo.

La toma de conciencia consiste en un retorno sobre sí, pero no en una meditación cerrada sobre sí misma. Este encuentro puede darse gracias al otro encuentro que es la presencia del otro.

Este otro es en primer lugar un tú, un ser también individual con el que puedo entablar una relación. El descubrir la originalidad del tú, su unidad y su separación me envía hacia mí mismo y me descubro diferente del tú. Tomo posesión, de alguna forma, de mi yo, polo que responde al polo tú.

El tú no es solamente individual sino que puede ser colectivo, es el Ustedes o el Vosotros. Un conjunto de tú no es lo mismo que la presencia de un tú sucesiva a la presencia de otro tú. Hay en el vosotros un nuevo elemento que me obliga a reconocer en mí una nueva dimensión. Mi yo puede encontrar a un vosotros distinto de los tú encontrados con anticipación. Me enriquece, me permite

descubrir mayores riquezas interiores, el vosotros me hace ser más yo.

El tú es también el cosmos. Este mundo exterior a mí con el que tengo encuentros permanentes. Es el aire que respiro y que me flagela el rostro cuando es frío, es la luz que me permite tomar contacto visual, es la dureza del piso sobre el que me mantengo de pie, es, en una palabra, el mundo que me rodea y con el que tengo comunicación queriéndolo o no. Pero si quiero entrar en contacto y si quiero verme, sentirme, descubrirme gracias a él, lo encuentro siempre presente. Es uno de los factores de mi realización como persona. Descubro en mí algo distinto de este cosmos que me envuelve.

Finalmente el tú es el absoluto con el que tengo la capacidad de relacionarme. Es el Tú-Dios, el Tú-Absoluto al que todos los pueblos han dado un nombre que nos permite identificarlo diferente de los otros tú con el que nos encontramos.

El ser humano, la persona tiene esta aptitud que consiste en dialogar con el absoluto. Esta relación abre la persona hasta los últimos límites de sus posibilidades. El ser humano es capaz de absoluto y descubre en sí el absoluto que re-

\* Comunicación en la Mesa Redonda: Persona, ética, antropología. Coloquio Internacional Emmanuel Mounier: Actualidad de un gran testigo. París, 5 de octubre de 2000.



El autor de este artículo en un descanso del Coloquio Internacional sobre Mounier en París.

side en él. El absoluto no nos es exterior siempre, es posible que vivamos este Dios que es trascendente, ciertamente, pero nos es inmanente al mismo tiempo.

El resultado de estos varios encuentros es la creación paulatina de la persona.

La persona se relaciona con otras personas y forma asociaciones de diversos grados. Resumamos en dos grandes categorías las formas de convivir de las personas.

Si las personas se encuentran por razón de la función que cumplen: ser músico, ser deportista, ser estudiante... forman una sociedad. Esta sociedad existirá tanto tiempo como sus miembros sean capaces de cumplir con su función. Desgraciadamente, la sociedad tiene límites en los mismos límites de las personas que la componen. Cuando no puedo cumplir la fun-

ción por razón de la enfermedad, de la vejez o de otro motivo, la sociedad me abandona. Pierdo mi «derecho» a ser miembro de esta unión social.

Finalmente, si las personas se encuentran por razón de su ser así y no de otro modo; si las personas se reúnen porque saben discernir y saben amar, alcanzamos el más alto nivel de desarrollo humano que es la comunidad. Estamos llamados a formar la comunidad, Mounier habla de una interpelación. Esta llamada puede ser escuchada o no. Por este motivo, el proceso de personalización, este ascenso de persona o comunidad no es un movimiento de un solo sentido, no sólo subimos, sino que sufrimos la despersonalización que nos regresa a un nivel más bajo. La personalización es un proceso que requiere un esfuerzo continuo.

Hasta aquí el pensamiento de Mounier expresado en su personalismo. Hannah Arendt, en su estudio de la condición humana, vuelve a tomar estas categorías sin nombrarlas, pero muestra igualmente la personalización sin insistir en la dimensión dinámica que encontramos en Mounier. Aquí tenemos más bien una descripción de los estados en los que podemos encontrarnos sin que se nos indique que tenemos la posibilidad de pasar del uno al otro.

En el más alto nivel, el del hombre-persona en comunidad, Arendt nos llama Homo Sapiens. Lo que corresponde a esta capacidad de discernimiento y de amor apuntada anteriormente. En el peldaño sociedad en el que estamos reunidos, Arendt nos califica de Homo Faber. Es el hombre capaz de producir una obra, es capaz de crear, pero no trasciende.

Finalmente en el nivel más bajo, los individuos sólo realizan obras para su propio consumo, no crean nada permanente, viven el momento presente y son calificados como Animal Laborans.

En estas varias etapas de la vida el ser humano logra ser él mismo lo que, en otras palabras, significa ser persona en comunidad, ideal al que estamos llamados y para el que tenemos todas las capacidades requeridas. La conciencia nos interpela, dice Mounier. Escucharla y aportar la energía que este proceso demanda es responsabilidad de cada cual. El ejemplo de quienes han transcurrido este recorrido es un aliciente. Ya alguien lo hizo, ya otro hombre lo ha hecho con otros y conjuntamente han llegado a los más altos niveles del desarrollo humano.

La vida humana adquiere así un sentido. Una meta se nos fija ante la mirada. Es una conquista, es una lucha, es una revolución espiritual que nos permite salir del desorden establecido.